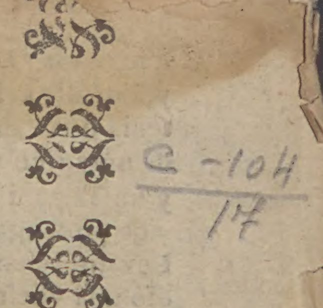




ROMANCE DE LOS AMOROSOS SUCESOS DE

D. ANTONIO NARVAEZ,

Y ROSAURA.

PRIMERA PARTE.

A Olvidar vanas memorias,
á divertir pensamientos,
á dar principio á mis ansias
(esta es verdad, y lo cierto)
sali pues una mañana,
quando Abril de flores lleno
consuela con sus fragancias
los Valles Montes, y Cerros:
alegre me divertia
en la maleza, y saliendo
dandole vista á unos montés,
donde pasa un arroyuelo,
que en derretidos cristales
sirve á una selva de espejo,
y mirando á sus corrientes,
en una sombra me siento,
y al cabo de breve rato
que estaba sentado, veo,
que baxaba por el agua
un Guante, á quien yo de presto
le saqué de la corriente,
y sacudiendole, veo,
que estaba todo bordado
de hebras de oro fino, y terso,
y unas letras que decian:
Soi de la hija de Venus.
Confuso quedé al mirarlo,
y discurriendo que el dueño
mas arriba quedaria,
y que era muger de cierto,
sigo la fresca corriente,
donde á pocos pasos veo,
que entretenida una Dama
estaba con un pañuelo
mojandolo en la corriente:
Helado quedé, y suspenso
al vér tan rara belleza
sola en aquellos desiertos.

Ocul-

Ocultéme entre unos ramos,
quando vide por los mesmos
que era la Dama de prendas,
y á medio ceñir el cuerpo:
tenia una mantellina
de muy rico tercio pelo,
y un Tapapies de Damasco,
y de plumage un sombrero.
Levantóse en pie la Dama,
dió una vuelta, y echó menos
el Guante que yo tenia;
siguió la margen de presto,
y llegando junto á mí,
yo salgo de entre lo espeso,
helada quedó de verme,
y dice: valgame el Cielo!
Si acaso havrá quiẽ me ampare?
Hagalo usted Caballero.
Yo le dixe: Hermosa Dama,
encanto destos desiertos,
pasmo destas soledades,
y de estas selvas Lucero,
qué haceis sola en este sitio?
Y me dixo: Caballero,
sientate, y te contaré
mi tragedia en breve tiempo,
porque estás en gran peligro.
Y te digo lo primero
como en Cordoba naci,
y es mi Padre un Caballero
tan noble pues, que venera
la Encomienda de Carrero.
Tiene mi Padre una Quinta
quatro leguas poco menos
de Cordoba en unos montes,
y situada en lo espeso
de la gran Sierra Morena,
que este es mi comun paséo.
Saliendo pues una tarde
alegre á tomar el fresco,
y llevando dos criados,
llegamos en breve tiempo
no muy lejos de la Quinta,
quando de repente vemos,
que estaba junto á nosotros
un bravo animal sangriento,
un Oso, cuya braveza
causaba temor el verlo,
los tres caimos en tierra,
y quando volvi en mi acuerdo,
me hallé en estas espesuras
sin que tuviese remedio,
y para que me alimente
me trae blancos, y tersos
panales de miel, y cera,
y con ellos me alimento.
Esto es lo que me sucede,
y ahora por Dios te ruego,
que te apartes del peligro,
porque si viene el sangriento
bruto, y con migo te halla,
te dará la muerte luego:
vé a mi casa, y á mis Padres
cuentales este suceso.
Yo le dixe: hermosa Dama,
qué bruto, ni que soberbio
animal será bastante
á librarse del incendio,
ó rayo de mi escapeta?
Y asi si quieres que luego
te saque deste peligro,
levanta, y no tengas miedo.
Tomandola por la mano,
sigo la margen de presto,
y al cabo de breve rato
vino el Oso, y la echó menos,
y rastreando las huellas,
siguió el monte como un trueno,
nos

nos divisó y dió un bufido
tan grande, que te prometo,
que se estremeció la selva:
y la Dama en este tiempo
se quedó toda turbada:
Y el irracional sangriento,
para quitarnos las vidas
se fué acercando soberbio,
y encrespando la guedeja,
yo asegurando de presto,
dandome licencia el muelle,
despidió el cañon soberbio,
cinco saetas de plomo,
que al animal en el pecho,
sin reparar su braveza,
le abrieron cinco agujeros,
que por el menor la muerte
cupo áchurosa á entrar dentro:
dió un bufido, y al instante
midió con su cuerpo el suelo.
Y volviendo en si la Dama,
me echó los brazos al cuello:
bizarro joven (decia)
el ser tu esposa prometo
en pago desta fineza.
Yo le respondi; concedo.
Nos dimos palabra, y mano
de esposo, y prosiguiendo,
me dice: toma esta Cinta,
que dias ha que la tengo
para el que fuere mi esposo,
y si no quieres creerlo,
ella dirá la verdad,
y quedarás satisfecho;
y el Guante que mio tienes,
guardalo que en algun tiempo
podrá ser de que te sirva,
quedate en paz, dulce dueño,
y mira que no me olvides,
que á la quarta noche espero
en mi Quinta, en una rexa
que tiene unos maceteros
de fragantes azuzenas,
no haya falta, porque espero:
y á breve rato en el monte
vimos venir con estruendo
nueve hombres á caballo,
y la Dama conociendo
á su Padre, y dos hermanos,
y otros de acompañamiento,
que la venian buscando,
me dice: querido dueño,
conviene que ahora te apartes,
porque al primer movimiento
han de quitarte la vida,
y no conviene, que á ellos
hagas fuga en este sitio.
Ocultéme entre lo espeso,
sin ser visto de ninguno:
llegaron en breve tiempo
los que venian á caballo.
con alegria, y contento
llegaron, y la abrazaron,
y de aquel sitio se fueron.
Yo me quedé en la espesura
confuso, triste, y suspenso,
saqué la cinta de seda,
desdoblela, y un letrero
hallé en ella, que decia:
El que fuere desta dueño,
tambien será de Rosaura
esposo queriendo el Cielo.
Quedé alegre con la Cinta,
y breve á mi casa vuelvo,
y montando en un caballo
una tarde, quando Febo
queria ocultar sus luces,
vuelvo á buscar á mi dueño,
dile

di'e pues vista á la Quinta,
y alli me estuve encubierto
hasta que la obscura noche
tendiera su manto negro.
A un arbol até el caballo,
porque no anduviera inquieto,
le eché porcion de cebada
en la capa, y con secreto
pasé toda la Quinta;
llegué al referido puesto
del balcon, hice una seña,
y la Dama con anhelo
salió à el balcon, y me dixo:
Amante, y querido Dueño,
conviene de que esta noche
me saques, porque se cierto,
de que mi Padre me tiene
prometida à un Caballero
de Madrid esto no dudes.
Pero fortuna, ó que presto
me transformaste en tu rueda!
Fué, q̃ un criado á este tiẽpo
me vido hablar con Rosaura,
entró adentro como un trueno
dandole cuenta á su Padre,
al punto se previnieron
los que estaban en la Quinta.
Yo que ignoraba el suceso,
me dispararon dos tiros,
pero dieron en el suelo
las balas, y yo animoso
me opuse con todos ellos;
disparo tres carabinas,
y á uno quité los alientos,
hiriendo á los dos hermanos
de la Dama, y conociendo,
que era una cosa imposible
el seguir con el empeño
de llevarme yo à Rosaura,
me escapé de todos ellos.
Fui donde estaba el Caballo,
monté en él pronto, y ligero,
y á Cordoba dí la vuelta;
pero como estaba ardiendo
en amores de Rosaura,
en vivas llamas mi pecho,
se encendia á cada instante
pensando en mi amado Dueño.
Quise volver á buscarla,
y de cierto me dixeron,
como su Padre agraviado
del referido suceso,
una noche la sacó,
no se sabe donde fueron:
del modo que yo quedé
considerelo el discreto,
que en otra segunda parte
daré fin á este suceso.

CON LICENCIA
En Cordoba en la Imprenta de D. Juan de
Mediua, Plazuela de las Cañas.

